Apuntamientos históricos de don Alejandro Cardona y Llorens

Señor Redactor de *El Heraldo*.
P.

Muy señor mío:

Me permito dirigir a U. la presente, con el objeto de rogar a su exquisita amabilidad dé acogida en las columnas de su acreditado diario a los siguientes apuntamientos históricos de los sucesos que siguieron a la segunda campaña en el lago de Granada y río San Juan, en los últimos meses del 57 y principios del 58, y segunda entrada de los filibusteros en su llegada hasta el Castillo Viejo.

Hay una consideración que preocupa mi ánimo fuertemente, y es el tener que relatar hechos y acontecimientos en los que yo mismo fuí actor; pero, a pesar de todo, pienso en la conveniencia de esta publicación, por ser sucesos casi desconocidos, pues aun cuando se ha publicado lo bastante referente a las campañas del 56 y 57, ninguna de esas relaciones comprende los acontecimientos a que me refiero, pues ni el coronel Cauty escribió nunca (que yo sepa) sobre este particular, ni ninguno de los sobrevivientes hasta hoy, siendo de advertir que permanecí a bordo del vapor *San Carlos* hasta llegar al triste desenlace de un naufragio. Por lo demás aun existen testigos oculares de aquellas escenas, cuyos nombres figurarán a su final. A ellos apelo en testimonio de lo que aquí relate; válgame esto en descargo.

Después que alistado como voluntario hice la campaña del 56 a las órdenes del Coronel don Salvador Mora, regresé a esta capital en el mes de mayo con el grueso del ejército. Al iniciarse la segunda campaña, que dió en tierra con la falange filibustera, me presenté nuevamente a la Comandancia de Plaza, deseoso de salir con mi jefe y de compartir por segunda vez con el ejército las fatigas de la campaña; mas las cosas a última hora se arreglaron de otro modo y el Coronel Mora pidió a la Comandancia me dejara en su compañía al servicio de las armas en el cuartel principal, donde me encontraba cuando se inició esta tercera campaña, cuyas memorias publico íntegras, tal como las escribí hace ya muchos años.

APUNTAMIENTOS HISTORICOS

Concluída la segunda campaña contra los filibusteros el 1º de mayo de 1857 y libre el territorio nicaragüense de los aventureros acaudillados por W. Walker, quedaron importantes asuntos que arreglar entre el Gobierno de aquella República y el de Costa Rica. Estos consistían en cuál de las dos repúblicas debía quedar dueña y poseedora de las adquisiciones hechas al enemigo por las fuerzas de Costa Rica, solas unas veces y otras aliadas con los nicaragüenses, las cuales eran: el fuerte de San Carlos, el Castillo Viejo, cuatro vapores del río San Juan y dos de mayor porte para navegar en el lago de Granada, nombrados el *Virgen* y el *San Carlos*. Tanto el fuerte como los vapores habían sido tomados por las

SECCION HISTORICA San José Costa Rica

fuerzas de Costa Rica, mas el Gobierno de Nicaragua quería recuperar el fuerte de San Carlos y el Castillo Viejo, por haberles pertenecido antes de la invasión filibustera.

Estas cuestiones y discordancias entre ambos gobiernos duraron tres o cuatro meses, tiempo que se empleó para ponerse de acuerdo y celebrar el tratado Cañas-Jerez, que entre otras cosas estipulaba la devolución del fuerte de San Carlos, quedando en poder de Costa Rica el Castillo Viejo y los vapores del río San Juan y lago de Granada. La entrega a los nicaragüenses del fuerte San Carlos causó profundo desagrado al Comandante General don José Joaquín Mora, que de ninguna manera quería deshacerse de tal posición, rechazando indignado tal entrega. Poco tiempo después el General Mora, sin autorización del Gobierno y arrebatado por su carácter fogoso y patriótico, considerando aquella entrega desdorosa para su patria, resolvió, de acuerdo con el Coronel Cauty, que el fuerte de San Carlos fuese bloqueado por los vapores, caso de no rendirse a una intimación, con la esperanza de que su Gobierno aprobara esta medida.

El 16 de setiembre de ese mismo año salimos de San José el Coronel Cauty, los capitanes don Leopoldo Marchena y el que esto escribe y tres soldados baqueanos, con dirección al Castillo Viejo, donde debíamos obtener los elementos de guerra necesarios para el bloqueo y el número de soldados que creyéramos indispensable. No habiendo ocurrido nada de particular que merezca ser relatado durante aquel viaje, baste decir que después de parar un día en Alajuela llegamos al Castillo Viejo el 26 del mismo mes.

El 27 se procedió al embarque, a bordo del vapor *Ogden*, de dos cañones de a 9, provisiones de boca y guerra, tres oficiales agregados y 25 hombres de tropa, en su mayor parte enfermos a consecuencia de picaduras de los bichos venenosos que abundan en aquellos lugares. El Comandante de aquella fortaleza, don Francisco Alvarado, se sorprendió al ver el número de soldados que le quitábamos, quedándole apenas de 20 a 25 hombres para la custodia del Castillo Viejo y cubrir otros puntos avanzados. Parece que presentía los desastres que iba a sufrir dos meses después, que tuvo que capitular con los filibusteros por no tener quizá los elementos necesarios, ni el número de tropa suficiente para su defensa.

El 28 salimos los que componíamos la expedición bloqueadora a bordo del vapor *Ogden*, aguas arriba del río San Juan, con dirección al lago de Granada, parando de paso en el raudal del Toro, donde se hallaba fondeado el vapor *Virgen;* allí dejamos al Capitán don Leopoldo Marchena y a 5 soldados para aumentar su exigua tripulación, y las instrucciones que el Coronel Cauty creyó necesarias al caso. Del Castillo Viejo al raudal dicho, hay una distancia poco más o menos de seis leguas, y ocho de este punto a la desembocadura del lago, donde está situado el fuerte de San Carlos, teniendo de consiguiente tiempo de sobra durante el día para llegar a dicho lugar; pero no convenía apresurar la marcha, pues teníamos que pasar por el frente de la fortaleza enemiga después de anochecido y con mucho sigilo.

Esto era muy natural; el Gobierno de Nicaragua tenía una aduana establecida allí y toda embarcación que llegara del río, fuera o no extranjera, estaba sometida a registro para evitar el contrabando.

El mismo derecho pretendían tener sobre los vapores de Costa Rica y con mayor razón en ese tiempo que se decía en todo Nicaragua que el Coronel Cauty iba con fuerzas costarricenses para apoderarse del fuerte y otros pueblos inmediatos, y que burlaría la vigilancia allí establecida.

Se prosiguió la marcha de la manera indicada, llegando casi al frente del fuerte, entre siete y ocho de la noche; mas a pesar de un profundo silencio y de una completa oscuridad a bordo, no pudo el vapor pasar desapercibido de los centinelas, pues antes de enfrentarnos a ellos y después de requeridos, nos mandaron hacer alto. Mas como por el ruido que hacían las ruedas del vapor al batir el agua notaron que no se obedecía la orden, la repitieron y al mismo tiempo mirábamos en la oscuridad la culebrina de fuego que producía una mecha agitada, con amenazas de disparar sobre nosotros. A la segunda intimación el Coronel Cauty mandó parar el vapor un momento, y acto continuo daba otra vez la orden de marchar, operación que se repitió dos o tres veces, engañándolos hasta que se creyó haber pasado del frente de la batería, peligro principal. Ellos seguían gritando: ¡Va fuego!, mas conocedor Cauty de aquella fortaleza y hombre astuto, comprendió muy bien que no les era fácil variar la puntería de los cañones, por estar mal montados y ser de un peso enorme para esta operación.

Una vez en el lago, fondeamos cerca de tierra, entre el fuerte y la Loma del Mico (un cerro que también estaba fortificado), donde debíamos esperar el vapor *San Carlos* que se hallaba fondeado en aguas de Granada.

El día siguiente, el Comandante del fuerte enemigo, don Segund Cuaresma, mandó suplicar al Coronel Cauty pasara a tierra para conferenciar. Cauty aceptó y allí trataron de lo ocurrido la víspera, disculpándose el primero de los dichos con las órdenes que tenía que obedecer como encargado de la custodia de aquel punto. Cauty le contestó "que el gobierno de Costa Rica no debía respetar aquellas leyes, pues que a su parecer tenía pleno derecho para navegar aquellas aguas".

El vapor *San Carlos* tardó algunos días, por no haber llegado antes el capitán don José Antonio Quirós, que se hallaba a su bordo, la orden de reunirse al otro vapor, y que éste, mientras tanto aguardaba, hacía algunos viajes por la costa de Chontales reconociendo los puertos, comprando ganado y otras provisiones que eran indispensables antes del bloqueo, tanto para mandar al Castillo Viejo, como para los que debían permanecer en el lago.

El 6 de octubre llegó por fin el vapor *San Carlos*, y por ser éste de más capacidad, se trasbordó cuanto había en el *Ogden*, dejando apenas el servicio necesario para conducirlo hasta el Castillo Viejo cargado de reses y otras provisiones.

Se pasaron ocho días más en preparativos, hasta el 14 de ese mismo mes en que Cauty dirigió al Comandante del fuerte una nota declaratoria de las instrucciones que tenía del Comandante General don José J. Mora. La copio a continuación, textualmente, como aparece en *La Crónica de Costa Rica* del 18 de noviembre de 1857:

SECCION HISTORICA · San José, Costa Rica ·

"Al señor Coronel don Segundo Cuaresma, Comandante del Fuerte de San Carlos.

Octubre 14 de 1857.

Muy señor mío:

Por orden de la Comandancia General de Costa Rica se me ordena proceder inmediatamente a intimar a U. la rendición del fuerte de San Carlos a la custodia de la fuerza costarricense bajo mi mando; y en caso de no entregarle, de bloquearlo rigurosamente hasta reducirlo por hambre.

Como las instrucciones de mi Gobierno en este asunto son de evitar de cualquier modo posible el derramamiento de sangre centroamericana y de tratar con toda consideración a la guarnición y los pueblos vecinos, invito a U. a venir a consultar conmigo, bajo una garantía de honor y salvoconducto, para evitar los inconvenientes y sufrimientos de un bloqueo que me encuentro en estado de mantener hasta el fin. Es necesario observar, que siendo las instrucciones de mi Gobierno en este hecho la mejor custodia de este punto contra las amenazas actuales del filibusterismo y el arreglo de algunos asuntos políticos de que dependen los intereses comerciales de Costa Rica, que no puede garantizar suficientemente el Gobierno actual de Nicaragua, le ofrezco a U., en caso de rendición, todos los honores y además el tiempo necesario para concederla en su justificación y su honor, con pasaporte hasta donde quiera para toda su guarnición.

Con el mayor respeto y consideraciones, me suscribo de U. su muy atento servidor,

Jorge J. Cauty".

Esta nota fué contestada como sigue:

"Señor Comandante del Castillo Viejo, a bordo del vapor *San Carlos*.

Del Comandante de San Juan del Norte, en San Carlos.

Octubre 15 de 1857.

Muy señor mío:

Hasta hoy he recibido la que U. me dirige con fecha de ayer, e impuesto de ella contesto a U. que como subalterno debo dar cuenta a mi Gobierno con su nota, y con la contestación de él diré a U. lo que deba hacer. Rindo al señor Cauty las gracias por los servicios que me ofrece, y soy de U. atento servidor,

Segundo Cuaresma".

Añade la misma *Crónica* citada: "Concedida esta petición, hecha por el Comandante del fuerte, para dar aviso a su gobierno, determinó Cauty pasar a Granada para entenderse con las autoridades nicaragüenses y despachar un emisario con la siguiente nota:

"Comandancia del río San Juan, a bordo del vapor *San Carlos*.

Al señor General don Fernando Chamorro, Gobernador de Granada.

Muy señor mío:

Tengo el honor de participar a usted que por orden de la Comandancia General de Costa Rica, he pedido al Comandante de la guarnición del fuerte de San Carlos la rendición de aquel punto a la custodia de las fuerzas de Costa Rica bajo mi mando, y en caso de no concederla, tengo órdenes de bloquearlo hasta obligarlo por hambre a la rendición, lo que me hallo en estado de efectuar.

Como mis instrucciones son al efecto de evitar de todo modo posible un choque que pueda causar derramamiento de sangre centroamericana y de tratar a la guarnición y a los pueblos vecinos con toda consideración, he creído de mi deber avisar a usted y a todos los pueblos vecinos de tal bloqueo, para evitar que se expongan a los inconvenientes y sufrimientos que les pueda causar la detención sin buscar a romperlo.

Con el vivo deseo de que los asuntos pendientes entre los dos gobiernos se arreglarán muy pronto, me suscribo su atento y seguro servidor,

(f.) *Jorge Cauty*".

Esas comunicaciones son tomadas textualmente de *La Crónica* citada y las que fueron redactadas por el mismo Coronel Cauty, que, a pesar de ser inglés, era quien llevaba la correspondencia oficial a bordo; y aunque poseía una buena forma de letra, no obstante dejaban mucho que desear en cuanto a conocimiento de la lengua de Castilla se refiere.

Tres días después, es decir el 18, emprendimos el viaje a Granada, dando al paso aviso a las embarcaciones que encontrábamos, para que no se expusieran a navegar aquellas aguas, ni menos bajar el río; pues serían detenidos por una lancha armada en guerra que quedaba en las inmediaciones del fuerte, cuando faltaba el vapor de aquel lugar. En una de las embarcaciones que encontramos iban dos comerciantes, que una vez enterados de lo que pasaba, resolvieron regresar a Granada. Cauty les ofreció conducirlos en el vapor y dejarlos en tierra con la misma lancha que debía conducir al oficial portador de la nota que conocen nuestros lectores.

Una vez llegados al puerto de Granada, fondeó el vapor a 650 varas, poco más o menos, de la fortaleza de aquella ciudad, echando en seguida una lancha al agua, en la que entraron el oficial don Rafael Castillo, portador de la nota, los dos comerciantes granadinos y dos marineros.

Conforme se iba aproximando la embarcación a tierra, distinguíamos que se aumentaba la muchedumbre en la playa, y después de arribada aquélla, notamos movimiento inusitado, tanto en la tropa como en los paisanos. Trascurrieron unos pocos minutos, cuando un fogonazo en el fuerte nos anunció que una bala de cañón se encargaba de contestar la nota que el oficial Castillo había llevado.

Afortunadamente el ancla no estaba echada y nos fué fácil zarpar ligeramente; mas por rápida que fué la maniobra, no pudimos evitar que una segunda bala nos alcanzara, rebotando en una lancha de hierro que había amarrada a popa del vapor, causándole una avería.

Al tercero y cuarto cañonazo, ya el vapor estaba libre de la batería y conjurado el peligro.

Mientras el vapor camina en aguas del lago, con dirección al fuerte de San Carlos, oigamos la relación que poco tiempo después me hizo el oficial Castillo, con respecto a la comisión que fué a cumplir:

"Al llegar la lancha a tierra, más de mil hombres de tropa, sin contar con el paisanaje de casi toda la ciudad, reunidos en la plaza, sabedores por el Comandante del fuerte de San Carlos a lo que el vapor iba, estaban allí para presenciar un desembarque o la pérdida del vapor, que creían casi segura. Antes de hacer fuego sobre éste (dice Castillo), pensaban echarnos a pique y a no haber conocido a los dos comerciantes granadinos que iban en la lancha, lo habrían efectuado. Estos fueron mis salvadores, pues gratos como estaban con nosotros por el hospedaje y buen trato que les hubimos dado, una vez en tierra procuraron por todos los medios posibles calmar los ánimos exaltados.

Creí llegada mi última hora, al oír decir al General Chamorro: "Ya pueden confesar a estos dos", refiriéndose a los marineros nicaragüenses al servicio de Costa Rica.

Desde la playa fuí conducido al calabozo del cuartel, entre un gentío inmenso, y durante ese trayecto sufrí ultrajes y oía que nos daban a los costarricenses el calificativo de *filibusteros negros*.

Las amenazas del General Chamorro no se cumplieron respecto a los dos marineros y yo fuí puesto en libertad a los seis días, recibiendo un pasaporte para Costa Rica".

Por esa relación se verá el grado de exaltación bélica que existía en Nicaragua contra Costa Rica, pues desde aquel mismo día empezaron a distribuir tropas, reforzando varios puntos, tratando siempre por todos los medios posibles de apresar el vapor. En una pequeña correría que hicimos esa misma tarde, divisamos una embarcación en la costa de Chontales. Nos apresuramos a reconocerla y encontramos que era un bongo de regular capacidad. Como era natural, su tripulación nos había reconocido y tuvieron tiempo, antes de que llegáramos, de desembarcar todo su cargamento, menos un cañón que por ser de buen calibre no pudieron mover. Supusimos con fundamento que habrían sacado algún pertrecho de guerra para el fuerte de San Carlos y que lo habrían escondido en la montaña; pero por más esfuerzos que hicimos, no pudimos hallar nada. Nos llevamos, pues, a remolque esa presa que nos reponía la lancha perdida aquel día en Granada. Fondeamos en frente del fuerte a fin de mantener el bloqueo, entre éste y la isla llamada Zapote, en la cual nos proveíamos de la leña necesaria para el vapor. Tan pronto como la tuvimos, emprendimos viaje a Tortuga, puerto que pertenecía a Costa Rica, y que teníamos resguardado por una pequeña guarnición de soldados liberianos, única parte de la cual tomábamos provisiones y la correspondencia que venía del interior.

Estos viajes eran semanales, y al ausentarse el vapor del fuerte, se dejaba allí el bongo armado con un cañoncito en proa, un oficial y unos ocho soldados.

Al dejar la correspondencia en Tortuga, en los dos viajes que hicimos en octubre, se había dado aviso al Gobierno de lo que pasaba y pedídole refuerzos para ese puerto, que temíamos fuera invadido de un momento a otro por los nicaragüenses.

El Comandante de Liberia, don Juan Estrada, estaba entonces alistando la gente a fines de octubre, para remitirla; pero no fué posible que llegara a tiempo para impedir que las fuerzas nicaragüenses se apoderaran del indicado puerto, que como ya he dicho era donde tomábamos las provisiones indispensables y algunos soldados para el refuerzo a bordo, cuya tripulación era muy exigua. Ello, pues, sucedió: el 1º de noviembre ocuparon aquel puerto unos cuarenta y cinco nicaragüenses al mando del Mayor Eva, y no pudiendo los seis liberianos que allí teníamos hacer resistencia, huyeron quedando un sargento y el oficial Salvador Aguirre en poder de los invasores.

A éste lo amenazaron a fin de que les dijera cuál era la señal que tenían convenida cuando llegaba el vapor; y aun cuando realmente la había, Aguirre no la reveló, diciéndoles "que no había más señal que enarbolar la bandera de la nación".

Ellos se conformaron y remitieron aquel mismo día al oficial en calidad de prisionero a Granada. El objeto de la averiguación que deseaban no era otro que el de preparar una emboscada, haciendo desembarcar por medio de la señal convenida y, como de costumbre, al Comandante para apoderarse de él y tratar por medio de amenazas de tomar el vapor.

El 2 de noviembre fondeamos como a 300 varas de la playa, en la ensenada de Tortuga, ignorantes de lo que allí había sucedido, con el deseo de enviar unas dos lanchas para traer algunas provisiones. Pero observamos que aunque estaba izada la bandera costarricense, no estaba la contraseña convenida, la que consistía en un pedazo de tela blanca atado a la mitad del asta; y además, nos llamó la atención el profundo silencio que reinaba allí, pues sólo vimos uno que otro individuo en camisa, retirados en lo más lejano de la playa. Pero lo que más nos extrañó fué el que, como de costumbre, no salieran a la playa con el regocijo y alegría de siempre, por más que a grandes voces se llamó al oficial.

Entonces el coronel Cauty me dió la orden de ir a tierra a ver lo que pasaba con sólo dos marineros. Yo me permití llamarle la atención respecto a que era seguro que allí habría fuerzas nicaragüenses y que valía la pena me diera unos pocos soldados para hacer un reconocimiento. "Tome U. algunos—me dijo el Coronel—, yo estaré listo con los cañones y desembarque a la orilla del montecito de la derecha, para que esté libre de su gente el centro de la playa y poder hacer fuego a los ranchos". Obedecí, entramos en una lancha un Sargento 2º, Dolores Alvarado, cuatro soldados y yo. Al aproximarnos a tierra notamos que asomaban de los ranchos, como con curiosidad, algunos individuos, lo que concluyó por convencernos de que efectivamente allí había enemigos. Nosotros procuramos no llamarles la atención, y en voz muy baja di las órdenes que creí oportunas. Al tocar la quilla de la lancha el fondo de la playa, y como movidos por un mismo resorte,

SECCION HISTORICA San José, Costa Rica

saltamos a tierra: la voz de "¡fuego!" que di se confundió con la descarga que hicimos sobre los ranchos; pero en seguida vimos que venían sobre nosotros no menos que 25 hombres, que viéndose atacados por una fuerza tan reducida creyeron pulverizarnos. Viendo aquel apurado trance y sin perder un segundo, grité con toda la fuerza de mis pulmones, que debía de ser mucha en ese momento: "¡Cargue la 2ª Compañía!". El efecto de esta voz fué mágico; volvieron la espalda y apretaron a correr, poseídos de un verdadero pánico. Parece esto increíble, pero es lo cierto: a nuestro lado, y como a seis varas de distancia solamente, ocultos por un montecillo, había un piquete enemigo que ni yo ni ninguno de mis soldados había visto: todos huyeron a la desbandada, poseídos de una verdadera locura; pero hubo una coincidencia felicísima, que creo fué la que coronó el éxito de esta empresa. A bordo del vapor estaban en atenta observación de lo que pasaba, y al gritar: "¡Cargue la 2ª compañía!", retumbó el primer cañonazo; de modo que la primera descarga nuestra, esa voz y el cañonazo fueron casi simultáneos. Nos mandaron de a bordo otra lancha, pero era ya inútil; todo había concluído ya, pues sólo vimos a un soldado que desertó y que huía a todo correr. Retenido por nosotros este soldado, nos manifestó "que era uno de los que estaban ocultos tras del montecillo y tan cerca de nosotros que pudo habernos tocado con la punta de la bayoneta: que el Capitán que estaba con ellos debía atacarnos; pero después que lo hiciera el Mayor Eva con su gente que ocupaba los ranchos; pero que viendo nuestra llegada, oyendo tanto disparo y la orden de que cargara la 2ª compañía, se creyeron rodeados y habían huído llenos de espanto". Algunos tiros habían sonado después, tanto de nuestra gente como del cañón del vapor, pero sin resultado alguno, pues se conformaban con tirar en dirección de la montaña por donde había huído la gente. El deseo de marchar en su persecución era general, pero yo me opuse, creyendo que aquélla podía ser una retirada falsa: ya llegaba la noche, y habiendo oído la campana del vapor, nos replegamos al centro de la plaza.

El entusiasmo de los soldados rayaba en locura; éramos nueve por todos, con la segunda lancha que mandaba el Capitán don José Antonio Quirós; y si la guarnición que sorprendimos lo hubiera sabido, fácil es suponer cuál hubiera sido nuestra suerte. Se extrañará el lector de que habiendo tan pocos oficiales a bordo, hasta ahora vuelva a nombrar al Capitán don José Antonio Quirós; éste era proveedor a bordo, el autor de estas memorias el que comandaba la gente: así es que de los tres oficiales que habíamos tomado en el Castillo Viejo, uno quedó prisionero en Granada (Castillo), otro, Dionisio Jiménez (a) *Mataviejas,* estaba en el bongo cerca del fuerte de San Carlos, y el tercero tenía a su cargo uno de los cañones de a bordo, siendo el otro manejado por el Sargento Antonio Mena: así, pues, ese día hubo ocupación para todas las clases de a bordo. Anochecía cuando volvimos al vapor; el coronel Cauty nos obsequió, entusiasmado por el buen éxito de las armas costarricenses, sin tener que lamentar ninguna desgracia. De lo que no podía darse cuenta era de cómo aquellos soldados, bien acampados y armados, no habían hecho resistencia alguna y habían huído sin hacer un solo tiro. El desertor nicaragüense que condujimos, refirió al mismo Coronel lo que ya conocen nuestros lectores. Al día siguiente, muy temprano, volvimos a tierra los

mismos para quitar la bandera, por tener que ausentarnos, y averiguar si durante la noche había sucedido alguna novedad. Nadie había entrado en los ranchos: allí encontramos dos sillas de montar, un par de botas usadas y una levita, que aunque sin distintivo militar supusimos era del Mayor, y varios morrales de los soldados. En otro de los ranchos encontramos gran cantidad de tabaco, que después resultó ser de un eclesiástico de la costa de Chontales, quien más tarde lo reclamó, pero ya se había gastado a bordo la mayor parte.

Algún tiempo después, en el puerto de la Virgen supe por un paisano mío (1) que los fugitivos de Tortuga habían llegado a aquel punto en un estado deplorable; la mayor parte de ellos tiraron los fusiles por temor de encontrarse con algunas avanzadas que teníamos en Sapoá; abandonaron el camino principal y siguieron a través de breñas y gamalotales, atravesando el río Sapoacito y llegando medio desnudos y enfermos.

En Nicaragua se alarmaron al verlos llegar en semejante estado: dijeron "que habían sido derrotados, porque con el vapor *San Carlos* había llegado muchísima gente". Mas cuando se supo lo cierto, parece que castigaron severamente a los jefes por haber huído con 45 hombres de tropa.

He relatado este hecho tal como sucedió, sin que a ello me mueva ambición de ningún género, que por otra parte, a mi edad y en la postración en que me encuentro, no tendría razón de ser: los pocos sobrevivientes a las escenas de estas memorias, que ya citaré, podrían afirmar cuanto aquí dejo expuesto.

Quiero también aclarar un error de fecha, referente a los sucesos de ese día. En la *Crónica de Costa Rica,* que he citado varias veces, se dice que las fuerzas de Nicaragua ocuparon el puerto de Tortuga el 3 y que otro día fueron derrotadas por la guarnición del vapor *San Carlos,* que desembarcó una tercera parte de su gente (éramos nueve).

Cauty era algo distraído: el que esto escribe muchas veces tuvo que advertirle y recordarle detalles y asuntos de importancia. En la misma *Crónica* hay una nota de él, con fecha 24 de octubre, contestando otra del General Martínez que tiene fecha 29 del mismo mes. Para probar la veracidad de la fecha del asalto en Tortuga reproduzco aquí una nota del Comandante de Sapoá, entonces Subteniente don José Mª Bonilla, que aunque no tenía gente suficiente ni orden para atacar, me ha asegurado que con fecha 2 mandó la siguiente nota:

"Señor Comandante de las fuerzas invasoras de Tortuga.

Boca de Tortuga, a las 7 de la mañana del día 2 de noviembre de 1857.

Señor:

Si dentro de seis horas no evacua Ud. con sus fuerzas ese puerto, me veré en la dura necesidad de atacar a unos compañeros que ayer, se puede decir, combatíamos unidos defendiendo una misma causa.

Su affmo. y S. S.,

(f.) *José Mª Bonil'a*".

---

(1) Don Alejandro Cardona era español.

Esa nota parece que efectivamente hubiese sido el anuncio de lo que sucedió el 2 a las cinco de la tarde: de manera que las fuerzas de Tortuga pudieron creer al oír gritar: "¡Cargue la segunda compañía!", que existía realmente combinación para atacar por dos lados y envolverlos.

Una vez embarcado lo abandonado en Tortuga por los nicaragüenses, hicimos rumbo, temprano de la mañana del tres, hacia el fuerte de San Carlos. A las pocas horas de haber salido, aquel puerto fué ocupado por nuestras fuerzas de Liberia; primero, por el piquete de Sapoá, y después por 200 hombres al mando del Teniente Coronel don Manuel Benito Santos.

Ya era tiempo, pues toda la costa Sur del lago se hallaba ocupada por fuerzas nicaragüenses, habiendo en Sapoacito 400 hombres de vanguardia para entrar a Liberia. Mientras tanto engrosaba el ejército enemigo por todas partes, crecía el furor por apoderarse del vapor que les inquietaba bastante. Se decía que conocedor el enemigo de su pequeña guarnición sería asaltado una noche de tantas. Nuestra situación a bordo se iba haciendo crítica: en vez de ser los bloqueadores, estábamos sitiados en el lago y acechados por todas partes.

Dichosamente una lancha procedente del Castillo Viejo, burlando la vigilancia del fuerte, llegó en nuestro auxilio con algunas provisiones: recuerdo que por ser ya tarde de la noche y no esperar tal embarcación por el lado que nos llegó, estuvo en nada que la echáramos a pique de un cañonazo.

El envío de esta lancha fué bien previsto por el Comandante del Castillo Viejo don Francisco Alvarado, quien deseaba obtener noticias de nosotros. El oficial don Juan Cambronero, que fué quien vino en dicha embarcación, se volvió al Castillo con nuestra correspondencia, pues había ensayado con buen éxito la manera de pasar por delante del fuerte enemigo sin ser oído: se siguió esta comunicación, que antes no se había logrado por temor de que nuestra gente fuese fusilada impunemente desde la orilla del río, que suponíamos guardada por centinelas.

Algunos días después volvimos a Tortuga y nos comunicamos con el Comandante de su guarnición, que como ya sabemos era en su mayor parte gente de Liberia. Nos dijo aquél que temían ser atacados de un momento a otro por la vanguardia nicaragüense que en número de 400 hombres se hallaba situada en Sapoacito, punto muy inmediato y desde el cual se divisaban las avanzadas.

No teniendo nada que hacer en Tortuga volvimos a situarnos frente al fuerte de San Carlos, donde manteníamos siempre el bongo, temiendo, y con sobrado fundamento, que fuera atacado por fuerzas superiores en alguno de nuestros viajes, como efectivamente lo fué tres o cuatro días después. Tuvimos que hacer una excursión, y cuando ya el vapor no se divisaba cargaron de pronto tres embarcaciones bien tripuladas por soldados y marineros, dando apenas tiempo al bongo para zarpar. Mas sucedió que como era sumamente pesado, los seis u ocho soldados que a su bordo había no pudieron evadir el verse bien pronto envueltos por las tres lanchas, que además de ser livianas, iban manejadas por marineros expertos y conocedores de aquellas aguas: así fué que cuando se vieron perdidos, izaron bandera blanca y capitularon para salvar sus vidas.

Este desastre lo temíamos hacía mucho tiempo los del vapor, excepto Cauty que creía a los costarricenses invencibles en agua y tierra, al suponer que

una embarcación pesada y defectuosa, con poquísimos soldados, muchos de ellos ignorantes para una maniobra atrevida, hubiera podido triunfar de embarcaciones más ligeras y bien tripuladas en todo sentido.

El oficial don Juan Cambronero, que hacía pocos días había vuelto del Castillo Viejo, fué al que le tocó aquella vez quedarse a bordo del bongo y fué conducido a Granada, junto con los soldados, como prisioneros de guerra. Este suceso tuvo lugar el 29 ó el 30 de noviembre y fué el último choque con los nicaragüenses, pues al llegar los prisoneros a Granada, ya estaban en aquella ciudad los señores General Cañas y don Emiliano Cuadra con amplios poderes para tratar: de modo que los prisioneros fueron puestos en libertad en cuanto llegaron a aquel lugar.

Cuando volvimos de la excursión y fondeamos en el punto acostumbrado frente al fuerte, notamos con sorpresa que ya no estaba nuestro bongo y no nos cupo ya duda alguna del triste fin que había tenido.

Por estos días, ya en el fuerte de San Carlos sabían que los filibusteros, en su afán de conquista e invasión a Centro América, habían desembarcado en San Juan del Norte y que se preparaban a salir al río para apoderarse por sorpresa del Castillo Viejo y de los vapores y entrar de esa manera hasta el lago de Granada.

Esta noticia la trasmitió el Comandante del Castillo con el oficial don Florencio Quirós; mas el Comandante del fuerte, fuera por creer que aquello era una emboscada, o por no querer obrar sin recibir órdenes de su Gobierno, mandó al oficial escoltado a Granada, para que allí resolvieran lo conducente. Este oficial (Quirós), había llegado el 1º de diciembre al fuerte, uno o dos días después de la toma del bongo: no estando allí nosotros, no pudimos saber nada de lo que había sucedido.

Si el Comandante del fuerte, inspirándose en un patriotismo verdaderamente centroamericano, hubiese de alguna manera anunciado esta noticia a su debido tiempo, se habría evitado, si no la toma del Castillo Viejo, por lo menos la del vapor *Virgen,* pues ni éste ni el *San Carlos* podían pasar aguas abajo del raudal del Toro.

Cuando el oficial Quirós llegó a Granada, la noticia había cundido por todo Nicaragua, lo mismo que en Costa Rica, de la nueva invasión filibustera en el río San Juan, y acto continuo despachó el General Cañas al mismo oficial con correspondencia para el Coronel Cauty. Quirós regresó en la misma embarcación y, creyendo encontrarnos en Tortuga por no habernos hallado en el fuerte cuando había pasado, se dirigió a aquel punto: allí le dieron razón de habernos marchado aquel mismo día y tuvo que hacer por este motivo el viaje a remo hasta el fuerte. Todas estas demoras fueron la causa de que los filibusteros tuvieran tiempo de llegar al Castillo, sin poder éste recibir ningún auxilio de nosotros, porque ignorábamos hasta esos momentos cuanto sucedía.

El 5 de Diciembre llegó por fin el oficial Quirós al *San Carlos*, entregando al Coronel Cauty varias notas, tanto del Gobierno de Costa Rica como de los enviados a Nicaragua, mandando suspender hostilidades entre sí y poner el vapor a disposición de esta última República, para obrar de común acuerdo y combatir al enemigo, a fin de arrojarlo del territorio centroamericano.

ARCHIVO Nacional · SECCION HISTORICA · Costa Rica

Sin perder tiempo, el *San Carlos* calentó sus calderas, y una vez en estado de marchar, hicimos rumbo a la costa Sur del Lago para tocar en los puertos La Virgen, San Jorge y Granada.

En el primero ya nos aguardaban para embarcar un número regular de tropa: lo mismo sucedió en los dos siguientes, donde se embarcó toda la que podía contener el vapor, operación que duró casi toda la noche en el último de dichos puertos, y no se encendieron las calderas hasta que llegaron a bordo los Generales Escobar y Olivas, que debían traer órdenes de su Gobierno para la marcha.

A la madrugada el *San Carlos* levó ancla y emprendimos viaje al fuerte, donde ya se decía que el Castillo Viejo había sido tomado por los filibusteros, pero ignorando la suerte que había corrido el vapor *Virgen*. Para salir de dudas sobre esto último, se resolvió mandar un bote que con mucha cautela bajase por el río y averiguase lo que había de cierto sobre el particular.

Esta comisión podría explicarse en pocas palabras si hubiese tenido buen resultado; pero sucedió que hasta la tercera vez que se mandó se supo la verdad de lo sucedido, debido a ciertos acontecimientos extraños que merecen ser relatados tal como sucedieron. Me induce a esto, también, el haber visto en *La Crónica de Costa Rica* del 2 de enero de 1858, un artículo inverosímil referente a una de estas expediciones.

El oficial don Florencio Quirós se ofreció a desempeñar esta comisión; se le dió un bote con dos marineros y como a las 10 de la noche llegó a ponerse casi a tiro de pistola del *Virgen*, protegido por una densa oscuridad. Como no oyera ruido de ningún género, y no sabiendo cómo averiguar lo que deseaba, llamó dando fuertes voces al Capitán Marchena que estaba de Comandante de dicho vapor.

"Acto continuo—dice Quirós—apercibí ruido de taconeo como de muchas personas que andan sobre la cubierta, lo que me hizo suponer que aquéllos eran filibusteros, puesto que nuestra tropa no usaba calzado; y al mismo tiempo me contestó una voz en buen castellano, invitándome a atracar al vapor: la misma voz me gritó que el Capitán Marchena andaba en San Juan del Norte y que arrimara el bote y lo esperara, que no debía de tardar mucho tiempo. Yo tuve desconfianza, añade el mismo Quirós, y dí orden a los marineros para que bogaran rápidamente y con el mayor silencio posible para alejarnos cuanto antes de tal peligro; pero sucedió que cuando los de a bordo del *Virgen* notaron que nos alejábamos, nos hicieron varios tiros, tan bien dirigidos a pesar de la oscuridad que allí reinaba, que una bala mató a uno de los marineros".

Quirós tomó el canalete de manos del marinero agonizante, llegando al amanecer del siguiente día al fuerte, extenuado de fatiga y con el marinero muerto en el fondo del bote.

Esta noticia puso en confusión, tanto a la guarnición del vapor *San Carlos* como a los del fuerte, interpretando cada cual a su manera y haciendo mil conjeturas del desenlace de esa comisión. Quirós era valiente, pero de un carácter fogoso y poco reflexivo para esta clase de empresas, y no faltó quien dijera que no estaba en buena armonía con Marchena y que éste quiso aprovecharse de

aquella coyuntura para hacer fuego sobre él, por no haberle respondido según las reglas de ordenanza. Relato pura y simplemente lo que vi y oí.

En vista de lo sucedido, se dispuso enviar otro bote con igual personal que el anterior, y para esta segunda comisión se ofreció el teniente Dionisio Jiménez (a) *Mataviejas*, valiente y resuelto, pero de carácter muy parecido a Quirós.

Habiendo manifestado el Coronel Cauty y a mí el plan que llevaba, pareció bueno y partió al amanecer.

El plan de Jiménez consistía en llegar de día cerca del vapor; pero antes de ponerse a la vista de éste y en la última vuelta del río, saltar a tierra e ir por la orilla entre el monte y la maleza hasta enfrentarse al *Virgen* y observar muy atentamente lo que a su bordo ocurría.

Así lo ejecutó dejando sus dos marineros al cuidado del bote a la orilla del río.

Una vez que llegó al frente del vapor, entre 9 y 10 de la mañana, se puso en expectativa y permaneció así largo rato, pues no veía ni oía nada que pudiese darle siquiera un indicio de qué clase de gente estaba tripulando el vapor. Empezó a impacientarse, pero aun aguardó un rato más; sabido es lo lento que marcha el tiempo para el que espera, mayormente si éste es militar y se encuentra en una situación que podía concluir muy trágicamente, y lo que era peor para Jiménez, ¡sin almorzar!. Se le subió pronto la mostaza a las narices, y dando al diablo con su prudencia, resolvió dar un grito con toda la fuerza de sus pulmones. En seguida vió que a bordo se suscitaba una animación casi general y que varios individuos salieron a asomarse por todos lados, armados de rifles y sendas pistolas; oyó que gritaban en inglés y sonaron en seguida varios tiros.

Jiménez se puso en salvo a favor de sus buenas piernas para ganar pronto la orilla y tomar su embarcación sin pérdida de tiempo, contento y satisfecho de poder dar noticia cierta de que realmente los filibusteros se habían adueñado del vapor; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando al llegar al sitio donde había dejado su bote no lo encontró!. Siguió buscando por la orilla, creyéndose alucinado por los paisajes que le presentaba el río; pero por más que hizo todo fué inútil; la embarcación había desaparecido, como iba desapareciendo también la esperanza de su salvación.

El bote, con sus dos marineros, llegó casi de noche, pues tenían que subir el río a fuerza de remo. Aquéllos, por ocultar su cobardía, contaron "que después de oír muchos tiros habían aguardado bastante tiempo, y como Jiménez no parecía, lo creyeron muerto y abandonaron aquel punto".

Es de suponer que los marineros, en cuanto oyeron el primer tiro, emprendieron la fuga sin dar tiempo al Teniente para llegar al bote y salvarse. Así me lo contó el mismo Dionisio Jiménez algunos meses después, aquí en Costa Rica.

Como a estos marineros no se les podía tratar como a militares en campaña para aplicarles la disciplina del caso, no obstante se les impuso en castigo el volver otra vez inmediatamente, a las órdenes de un oficial nicaragüense, no tanto por averiguar qué gente había en el vapor, pues lo sucedido no dejaba duda alguna, sino para buscar al Teniente Jiménez, que quizá aguardaba algún socorro en la orilla del río.

Este bote regresó con la afirmativa de que los filibusteros eran dueños del vapor, pero no pudieron encontrar al Teniente don Dionisio Jiménez. Según contó meses después él mismo, ese día aun no había almorzado, esperando hacerlo en la embarcación después de haber llenado satisfactoriamente su cometido. Entrada la noche estaba el pobre Jiménez medio muerto de hambre, pues no había encontrado nada que comer en aquellos parajes pantanosos, donde no podía ni andar: si a esto se agrega que en las márgenes de ese río las lluvias y las nieblas son muy frecuentes, tendremos que convenir en que la situación de Jiménez era angustiada: calado hasta los huesos, aterido de frío y acosado por el hambre, se resolvió, pues, a dar su vida a cambio del "plato de lentejas". A la mañana siguiente resolvió llamar a los filibusteros para que le dieran qué comer, sujetándose a correr la suerte de un prisionero de guerra.

Esto sucedió del modo que queda descrito, pudiendo afirmarlo los testigos que vivan y que citaré al final de estas memorias, y no de la manera como lo describió *La Crónica de Costa Rica* del 2 de Enero del 58. Esta, entre otras cosas, dijo que el Teniente Jiménez asaltó con los marineros el vapor *Virgen* y que intimidando a los filibusteros, les dijo que tras él venía mucha gente: que en seguida *echaron al agua* (?) la maquinaria del vapor, lo mismo que las demás armas y se marcharon a San Juan llevándose al mismo Jiménez prisionero.

Sin quitar el mérito de valiente a este oficial, pues consta que lo era, se nota en aquella relación una inverosimilitud que no merece refutación. Si los marineros de Jiménez hubiesen sido tan valientes y resueltos como él, casi podría haberse creído; pero ya hemos visto de qué manera se portaron, dejando a su oficial abandonado en tierra. ¿Qué había pasado desde fines de noviembre hasta el 8 de Diciembre en el río San Juan, que a bordo del *San Carlos* se ignoraba casi por completo? ¿Temían los filibusteros un ataque de nuestro vapor sobre el que ellos mantenían y sobre el Castillo Viejo, y encontrándose débiles tomaron la resolución de una retirada o de una fuga vergonzosa? Vamos a verlo.

El 28 de Noviembre (2) llegó a San Juan del Norte un buque americano procedente de New Orleáns o de Mobila, trayendo a su bordo 200 hombres equipados en guerra y a su jefe Walker. La llegada de este buque, que a nadie se ocultó, venía con filibusteros por las noticias que ya de él se tenían, hizo que el Comandante de Punta Castilla, Coronel Baldisón, militar nicaragüense empleado por el Gobierno de Costa Rica, hiciera presente al Cónsul de los EE. UU. de Norte América que no debía permitir el desembarque de aquellas fuerzas, porque sería un escándalo una violación semejante. Además este buque había pasado junto a otro de guerra también americano, que se hallaba fondeado en aquel puerto, y no se le había impedido el que fuera a echar el ancla y desembarcar su gente pacíficamente a la boca del río Colorado.

Después que el Cónsul Americano estuvo a bordo del buque filibustero, manifestó al Coronel Baldisón que esa nave traía sus papeles en regla y que no podía impedir que Walker y su gente desembarcaran, puesto que venían como pasajeros a ocuparse de empresas particulares. En vista de esto, Baldisón protestó

(2) De 1857.

de manera enérgica, cual correspondía a las circunstancias, y se retiró al interior de Costa Rica para dar cuenta al Gobierno de lo ocurrido.

Mientras tanto Walker no perdió el tiempo, y sabiendo que Costa Rica y Nicaragua estaban en desacuerdo, explotó la situación desembarcando 50 hombres que el 3 de Diciembre se apoderaron del Castillo Viejo y vapores del río San Juan. Pero volviendo al asunto: ¿Cuál fué la causa de la súbita desaparición de los filibusteros sin haber sido atacados aún por nuestras fuerzas?

El Comodoro *Paulding*, que compadecido sin duda de los males que iban a causar sus compatriotas nuevamente en Centro América, y para salvar la responsabilidad que pudiera caber al Gobierno de los Estados Unidos, apresó a Walker, que permanecía en la boca del Colorado con la mayor parte de su gente, y mandó lancha al interior del río a fin de hacer saber a los filibusteros que allí había, que debían unirse a su Jefe en San Juan del Norte, para ser trasladados después a Estados Unidos.

El 8 de Diciembre acordaban en Rivas los comisionados de Costa Rica y Nicaragua un tratado de paz y fraternidad, y el mismo día el Comodoro Paulding hacía prisionero a Walker y su pirática falange.

Paulding, al obrar así, se hizo intérprete perfecto de los sentimientos de su Gobierno, puesto que también ese mismo día 8 el Presidente de los EE. UU. de Norte América, Buchanann, expresaba ante el Congreso de su patria la necesidad que había de impedir que de su seno salieran expediciones aventureras con el propósito de trastornar la paz y bienestar de otros lugares.

El Comodoro Paulding fué providencial en aquella época y merece ser recordado con gratitud por todos los centroamericanos.

Desde entonces fué ocupado el Castillo Viejo por tropas nicaragüenses, y la pequeña guarnición del vapor *San Carlos* se formó por iguales partes de costarricenses y nicaragüenses, según los tratados que acababan de celebrar las dos Repúblicas. De esa fecha en adelante el vapor sólo se ocupó en tráfico mercantil, y lo sucedido entonces no merece relato, por carecer de interés. El 25 de marzo del siguiente año (1858), entre las 9 y 10 de la noche, una furiosa tempestad arrojó al *San Carlos* a la costa de La Virgen. ¡Noche horrible, por cierto! Los gritos de los pasajeros que iban de Granada u otros puntos del lago, partían el alma: la confusión era espantosa y no había esperanza de salvación, pues la furia del huracán levantaba unas olas altísimas que hacían imposible toda tentativa... mas quiso la Providencia escoger un lecho de arena donde de pronto quedamos encallados, librándonos así de una muerte segura si hubiéramos sido arrojados contra las rocas que casi nos rodeaban; a esta casualidad debimos el no tener que lamentar ninguna desgracia personal.

Hallándose en Costa Rica el Coronel Cauty cuando esto sucedió, el que suscribe, como encargado de la Comandancia, hizo seguir una información a fin de salvar la responsabilidad ante el Gobierno y después que regresó el Coronel Cauty, partí para Costa Rica.

*
* *

Los oficiales y soldados que se encontraron a bordo del *San Carlos*, cuyos nombres he podido recordar, son los siguientes:

Capitán don José A. Quirós, de San José.
Teniente don Dionisio Jiménez, de San José.
Subteniente don Lázaro Navarro, de Cartago.
Subteniente don Florencio Quirós, de San José.
Subteniente don Rafael Castillo, de San José.
Subteniente don Juan Cambronero, de San Ramón.
Sargento don Antonio Mena, de San José.
Sargento don Dolores Alvarado, de San José.
Soldado don José María Ramírez, de Cartago.
Soldado don Pantaleón Conejo, de Tres Ríos.
Soldado don José Mora, de San José.
Soldado don Rogelio Pérez, de Alajuelita.

De los cuales ha muerto toda la oficialidad, y aun viven, según noticias que he adquirido últimamente, algunos de los restantes.

Ahora, señor Redactor, permítame dar a U. mis agradecimientos por la bondadosa acogida que U. se sirvió dar a estos renglones, y acepte las protestas de mi aprecio con que quedo su servidor,

ALEJANDRO CARDONA

San José, 10 de junio de 1897.

Hombres prominentes de la época federal juzgados por el Coronel don Manuel Montúfar (1)

MANUEL JOSÉ ARCE

Arce y Valle se hicieron rivales en el ejecutivo (1824) desde que éste no pudo dominar a aquél a pesar de que procuró lisonjear sus intereses. Ambos eran candidatos para la presidencia. Arce tenía en su favor el prestigio de sus antiguos padecimientos por la independencia de España y de México; la opinión de valor militar, unida al de un talento natural, claro y despejado; el concepto de generosidad con sus enemigos: todo hablaba en su favor. (Pág. 68).

JOSÉ FRANCISCO BARRUNDIA

Los que más se distinguieron en gritar y aplaudir el día 15 (septiembre de 1821) fueron el Dr. médico D. Pedro Molina . . ., el Lic. D. José Francisco Córdova, y D. José Francisco Barrundia . . . Barrundia había sido procesado

(1) Manuel Mantúfar y Coronado, **Memorias para la historia de la revolución de Centro América,** cuarta edición, Guatemala, 1934.